

APÉNDICE II



CARTA

de D. Juan de la Cerda, Duque de Medina Celi, fecha en Mesina á 7 de enero de 1564, remitiendo al Dr. Páez, Cronista de S. M., la relación que D. Alvaro de Sande había dado á S. M. acerca de la jornada de Berbería, con anotaciones suyas (1).



UY magnífico Señor: Los otros días me enviaron de la Corte la copia de una relación que dió D. Alvaro de Sande á su maj. del progreso de la jornada de Berbería, ó por mejor decir, de nuestra tragedia; sobre la cual me pareció apunotar algunas cosas de que tenía memoria pontual por hauerlas encomendado los mismos días que sucedían á la escritura; la qual solamente con lo que tenía vestido saqué del fuerte, y vna pequeña ymagen de plata de nra. Sra. en el gueco de la qual hauia ciertas Reliquias que mis padres tenían en mucho, por deuoción y compañía de los peligros del

(1) Original en la Academia de la Historia, Colección Velázquez, T-36, est. 22, gr. 4, núm. 75.

viaje de la fragata, y porque los papeles acabasen conmigo si así nro. Sr. lo quería, los quales se están todavía en borrador assí porque juzgándose comunmente los hechos por los fines no merecían sacarse en limpio, como por las ocupaciones deste cargo, y también por no Renouar los dolores, y digo pues Sr. que lo que apunto en la dicha Relación es la pura verdad, y que si quisiera escribir historia, ó en aquel lugar conviniera que en cada cosa me pudiera dilatar mucho, assí sobre lo que apunto como sobre lo que queda omiso en algunos lugares, porque mi intención ha sido apunotar lo que á D. Alvaro no se acuerda y declarar algunos motivos y causas que me mouieron á las Resoluciones que tomé desde el comienço de la jornada hasta que dexé aquel castillo en su poder. Y porque no menos me tienen cansado los juicios que sin oír las partes he entendido que en diuersos cabos se han hecho del discurso de este viaje y del fin del que su aduerso successo no pensaua tratar más dél: sino satisfacerme con enterrallo yo de mi parte, aunque otros lo tengan al ayre. Todavía por lo que se deue á la subcessión, pues nro. Sr. ha sido seruido de dármele, pienso hurtar algún tiempo á las horas de Reposar de los trauijos ordinarios y sacar en limpio las notas que hize, y embiaroslas Sor. las quales sino fueren por el estilo ó orden que á buen orador conuiene, no será menester pedir que nos cause admiración, pues se sabe que no estudié, lo qual fuera bien apropósito haberlo hecho para esto, si tubiera tanto fin á que pareciera bien lo que se hizo, como

de que sepáis la verdad, para lo qual hubiera menester buscar suficiente ayuda, lo qual no Requiere mi intento, porque es la Verdad vna coluna tan firme que no puede ser rota jamás, y tan clara y tersa que no puede durar mucho en ella la mancha y escuridad. Acceptarlo eys Sor. quando fuere y agora esta Relación para hazer della lo que os paresciere, que aunque sólo sirua de que la veays, es demasiada satisfacción para mí que vn tan mi amigo sepa en esto lo mismo que yo y que considere en todo el discurso que lo que la fortuna no quiso que se hiziesse lo pedí en la ocasión á cuyo cargo libremente estaua, que lo que se perdió no me hallé en ello en persona ny en consejo, y que no faltó cosa de lo que tocó á mi prouisión como los Retratadores del viaje proponían, y que perdí más hacienda, más amigos, más criados y mi propia sangre, y lo ganado y las esperanzas dello, lo qual no caresce de misterio, y todo para que conozca á Dios, el qual, quién sabe si me ha guardado para alguna cosa de mayor importancia de su seruicio y de my Rey, lo que me tiene con esperanza entre cíclopos en no pequeña penitencia, y tal que por lo que yo deuo holgar de escribiros Sor. siquiera por gustar de vuestras Respuestas y hazello tan raras vezes, la podeys muy bien juzgar, y si la ocupación es pequeña ó fastidiosa. Guarde nro. Sor. vna. muy magnífica persona como Sor. deseays, de Mecina á vij de enero 1564.

A lo que v. m. mandare.—D. Juan de la Cerda.
Sobrescrito.—Al muy magnífico Sr. el Sr. Doctor Paez, Coronista de su Majestad.

COPIA

de la relación que D. Alvaro de Sande dió á su Maj. de la jornada de Berbería de los años 1559 y 60, con algunos apuntamientos en la margen de D. Juan de la Cerda, Duque de Medina Cely, sobre las cosas en que su persona se halló.

S. C. R. M.

1. D. Alvaro de Sande, digo, que yo vine á esta corte á besar las Reales manos de V. M., y por su ausencia he estado aguardando aquí algunos días, en los cuales he entendido que algunas personas, con particulares respectos é invidias, han querido informar á V. M. de cosas que en la jornada de Trípol y fuerte de los Gelves me quieren cargar injustamente y en contrario de la verdad, é aunque estoy cierto que V. M. no habrá dado crédito, ni dará á sus parlerías, todavía he querido dar á V. M. relación por escrito de todo lo que en la dicha jornada pasó, desde el principio hasta el fin, la cual es la siguiente, y suplico á V. M. sea servido verla.

2. Habiendo vuelto de Nápoles de Lombardía el año de 1559 por el mes de junio, de tomar la posesión de los cargos en que allí V. M. me mandó servir, y hallándome en Pauín [así] con mi mujer y casa, determinado en reposando algunos días

venir en España á besar á V. M. las manos y pedille merced por mis servicios, llegó á Milán el Comendador Guimarán con una su orden para el Duque de Sessa, para que de la infantería española que allí había diese mil y quinientos hombres para que fuesen á servir á la empresa de Trípol, que V. M. mandaba se hiciese, y á mí me mandó servir y ordenó que tomase la dicha gente y que con ella y con otros 2.000 españoles de los de Nápoles, del cargo de mi coronelía, que mandaba al Duque de Alcalá me diese, fuese á servir en la dicha empresa, y que en Génova, por su orden, se adrezarían naves en que pasase la gente de Lombardía.

3. Succedió en este tiempo la muerte del Rey Enrique de Francia, y aunque el Duque de Sessa estaba determinado dar los mil y quinientos hombres que V. M. le mandaba, y andaba procurando el pagamento della para expedirla, parecióle que de la muerte de Enrique podrían nacer algunas novedades, é que no era bien hasta tener otra orden de V. M. desguarnecer aquellas plazas y estado, y así el dicho Duque tomó esta resolución conmigo.

4. Pareciéndome que en el medio que llegaría la nueva orden de V. M. yo podría ir á Nápoles y Sicilia á entender de los Virreyes de aquellos reinos, del de Nápoles, si era su voluntad dar la gente, y del de Sicilia, para saber dél lo que mandaba, vista la dificultad que el Duque de Sessa ponía en dar la suya, y así lo puse por obra y fui á Nápoles, adonde hallé á D. Sancho de Leyva y

al Comendador Caldes, que había ido de parte del Duque de Medina á solicitar la ida de la infantería y á pedir cierta artillería, municiones é vituallas, y habiendo tratado algunas cosas en este particular, él me respondió que daría la gente, que no la diese el Duque de Sessa, y con una galera que me mandó de las del dicho D. Sancho, pasé luego en Sicilia, y hallé que el Duque de Medina Cely, Visorrey della, y á quien se había cometido la dicha empresa, tenía ya hechos muchos aparatos para ella, así de vituallas, artillerías y municiones, como fletado muchas naves para que sirviesen en ella, y me había despachado un correo para que con la infantería española que había de llevar de Lombardía llevase asimismo dos mil y quinientos italianos y procurase recoger dos mil alemanes de los que entonces se licenciaban y los llevase también, el cual despacho no me halló en Milán ni topó en el camino, por haberle hecho yo por mar. Hallé asimismo que el dicho Duque de Medina había mandado levantar gente en Sicilia y Calabria, y pareciéndome quél estaba ya determinado hacerla y que lo mucho que se había gastado y los preparamientos que estaban hechos forzaban á que se prosiguiese en ella, y que para aceptarla y que hubiese buen efecto convenía llevar más gente vieja y plática de la que entonces veía, que era sola la de Lombardía y tres ó cuatro compañías de la de Sicilia (x) y muy poca de la de Nápoles, apro-

(x) Al margen dice el Duque: «Las compañías del tercio de Sicilia eran doce, y los soldados más de dos mil.»

bé la orden que el dicho Duque me había enviado de levantar y traer con la infantería española de Lombardía la alemana y italiana, y con esta determinación y orden volví á embarcarme y fui á Nápoles y Génova, y de allí pasé á Milán, donde hallé que ya el Duque de Sessa le había llegado nueva orden de V. M. para que diese los dos mil é quinientos infantes, y en el medio que los pagaban, yo hice levantar tres mil italianos y setecientos alemanes en tres banderas, y con ella y la española fui á Génova, donde, así porque no estaban adrezadas las naves en que habían de pasar los alemanes é italianos, como por contrarios tiempos, me detuve diez y ocho días.

5. Ordenó el Duque de Sessa que la paga de la infantería española se fuese á hacer en Génova, por evitar que no se quedasen algunos soldados después de la paga; y como en aquella se quisieron reformar las ventajas y se trató de que hubiese algún perdón ó suelta de pagas, la gente se alteró y amotinó, y lo mejor que pude lo pacigué y aquieté, y después de haberla pagado la embarqué en las galeras de Sicilia, con las cuales estaba allí D. Berenguel de Requesens para aquel efecto (x).

(x) Al margen dice el Duque: «Este motín fué uno de los principales disturbios que hubo en esta jornada, porque se detuvieron estos soldados sin embarcarse quince ó diez y seis días, que cierto no era tiempo de hacer nuevos capítulos con ellos, pues al fin de la jornada bastara que se hicieran, y fuera más seguro y más á provecho de su Maj. por los muchos que suelen faltar en la guerra, de más que con la ganancia que se esperaba, ó con no habellos menester, se hiciera mejor lo que se pretendía dellos, así de las pagas ordinarias como de las ventajas.»

É porque en este medio había hecho partir las naves con los alemanes é italianos, por no perder tiempo, por una borrasca é temporal que tuvieron, volvió al puerto una en que iba parte de la infantería italiana, algo mal tratada, é para repararla é hacerla partir con brevedad, hice que el dicho Don Berenguel se partiese con la infantería que tenía embarcada en sus galeras, dejándome á mí una de las suyas con otra que allí estaba del Príncipe Doria, con las cuales, dejando ya reparada la nave y á cargo del Príncipe Doria y el Embajador Figueroa que la mandase partir con el primer tiempo, me partí dos días después que el dicho D. Berenguel y llegué á Mecina algunos días antes quél, á primero de xbre., y después llegaron todas las dichas naves á salvamento sin haber disturbado á nada la dilación de su llegada.

6. Partió de Mecina el Duque con toda la armada á primero de noviembre, y no pudiendo pasar de Zaragoza por los contrarios tiempos, estuvo allí hasta primero de diciembre, que partió para Malta, donde llegaron todas las galeras, y las naves volvieron á Zaragoza; por la extremidad de los malos y contrarios vientos tardó muchos días en junctarse toda la armada y hubo grandes dificultades en ello, y en el medio que se junctaba, el gran Maestre y todos los pláticos de la costa de Berbería fueron de parecer que el armada, con el tiempo que partiese de allí, fuese al Seco del Palo, que es en la costa de África, en Trípol, y la isla de los Gelves, 85 ó 90 millas distancia de lo uno y de lo otro, y que los navíos que primero

llegasen esperasen allí á los otros, y con esta resolución, con el primer tiempo, que fué á los 10 de hebrero, se hizo el armada á la yela y las naves siguieron su derrote al Seco, y las galeras fueron á los Gelves para hacer allí agua; donde allegaron fueron descubiertas dos naves turquescas surtas, la una adonde llaman la Cántara, y la otra junto á la Roqueta, y para tomarlas, algunas galeras se adelantaron, y entre ellas la Capitana de D. Sancho de Leyva, que llegó primero que nadie, y la una dellas la tomó sin haber hallado en ella persona ninguna, é aunque la nave se había entrado por una canal donde con mucha dificultad podía entrar galera ninguna, entró D. Sancho, porque llevaba consigo un Chuzamuza, cosario turco que él tenía preso, y era muy plático en aquella costa. Arrimándose la armada á ella, descubrimos dos bajeles de remos que estaban surtos en la Cántara, en parte donde les era imposible huir. Estaba Juan Andrea muy malo, y envióle el Duque á decir que ordenase á D. Sancho que fuese á tomar aquellos bajeles, que á lo que se podía juzgar parecían galeotas. No sé si le ordenó; pero sé que nadie fué á tomarlos, y que se supo que eran una galeota y una galera sutil, é que estos navíos fueron á Constantinopla, y en ellos Luchaly á pedir el socorro de Trípol y á dar la nueva de la allegada de nuestra armada; y si se tomaran, como se ordenó y fácilmente pudiera, no solamente el aviso le tuvieran tan brevemente en Constantinopla, de que tanto daño resultó, pero se supiera que estaba en la isla el Draguti y fuera posible, y

aún no lo dudo que se tomara, y de su prisión nascía con muy poca dificultad la pérdida de Trípol y los Gelves, sin haber sucedido ninguno de los inconvenientes pasados.

6. *Aquí escribe el Duque.*—Y porque partiendo por el mes de noviembre á jornada que se había de ir por mar, habrá muchos, y no sin fundamento, que no les parezca buena determinación, es bien, para entender la verdad del todo, que se sepa que me movieron á partir las cosas siguientes. La primera, que la navegación era segura, porque de Mecina al puerto de Augusta hay 70 millas, el cual es capacísimo para recibir muy mayor armada. Del dicho puerto al de Zaragoza 30 millas, y desde Zaragoza á Malta 100, y de Malta á la Lampadosa 90, y de allí al Seco de los Gelves 170, y del Seco de los Gelves al Seco del Palo 50, que todos son puertos, y donde el armada se podía reparar, como se reparó, y aguardando tiempo en cada una destas partes para ir á la otra, no acaesce de ordinario en estas mares levantarse tan presto temporal que estorbe en tan poca distancia que no se tome puerto, como se hizo. También me movió á partir hallarme con casi 15.000 hombres de guerra en el reino de Sicilia y sin dineros para pagallos, de que tocaba una buena parte al Visorrey de Nápoles, pues si se despidieran sin pagas, se habían de alojar á discreción y fuera darles en prenda el reino, y esto es cosa tan nueva y recia para Sicilia, demás de la escabrosidad de la gente, que, certísimo, sucedieran grandes desórdenes y alborotos, como ya en tiempo de mis

predecesores en este cargo acaesció diversas veces, especialmente cuando el motín de randazo, pues siendo tanto menos gente, fué desorden tan notable, que tal pudiera suceder de invemar tanta más y de diversas naciones, sino que en lugar de conquistar se destruyera la casa propia, como ya lo consideró D. Hugo de Moncada cuando tuvo alojados 15.000 españoles en la Fariñana, isla deshabitada, aunque no se hizo de manera que Marsala no lo sienta hasta agora. Túvose atención á partir de Zaragoza á lo susodicho, y á que en Malta habría menos inconvenientes que en Sicilia se esperaban, porque la gente, no sólo estuviera fuera de la fertilidad de Sicilia, mas en una isla muy estéril, porque si cometieran alguna ruindad no podía dejar de salilles mal y de entregarse de hambre, pues teniendo por contrarios, al Maestre y Caballeros, el Burgo y Castillos, juncto con las galeras y naves, y mi persona y gente principal que á la jornada iba, no podían meterse los soldados en parte en toda la isla que tuviesen de comer; y si partiéndose de allí en invierno no se pudiera llegar á Trípol por no haber puerto para nosotros, no sólo era de menos inconveniente invemar en Berbería con el ejército yendo tan bien proveído de vituallas, pero era mejor, por ser la región más sana y poderse hacer algo en los Gelves, como lo escribí á S. M. antes que partiese de Zaragoza, ó en alguna otra parte, con que los soldados se entretuviesen y refrescasen, de más que se llevaba esperanza fundada en mucha razón, que los moros proveerían de vituallas frescas por

dineros (como lo hicieron), á causa de la enemistad que tenían con Dragut, de que había mucha noticia, dejado aparte que es costumbre suya muy sabida, por su particular ganancia. Halléme obligado á esto, porque como se fué junctando la gente poco á poco y con muy gran esperanza de la que me habían de dar los Duques de Sessa y de Alcalá, había de ser cierta y presta como su Maj. mandaba, no hubo razón ni causa para que yo dejase de junctar la que á mí me tocaba, y hacer tan gran gasto como se hizo en esto y en la abundancia de vituallas y municiones que se llevaron, porque la infantería española de Lombardía se detuvo á causa de la muerte del Rey de Francia, como dice D. Alvaro de Sande, y del motín de Génova, y la de Nápoles, esperándola de hora en hora, tardó, de manera que habiendo de venir por orden de S. M. 2.500 hombres, no llegó el cumplimiento sobre los 600, poco más ó menos, que trujo D. Sancho en las galeras, hasta los últimos de diciembre que vinieron á Malta. Es así que se descubrieron las naves que dice D. Alvaro, y que la que saqueó D. Sancho de Leyva estaba metida por el canal una buena milla de donde dieron fondo las galeras, por no saberlo y tener por proa los secanos, donde invistieron algunas, y á D. Sancho le guió Chu Zamuza, araez de una galeota que había tomado días había en la costa del reino de Nápoles, hombre muy plático de aquellos secanos, y así abordó la nave, que estaba sola, dejada de los moros, al cual siguió el Capitán Suero Feyjó con una galeota mía, y desde donde descubrie-

ron dos galeras de turcos que se iban metiendo el canal adelante, cuanto más podían, hacia la Cántara, que quiere decir puente, por la cual se pasa de la isla á tierra firme; siéndole dicho á D. Sancho por el dicho Capitán Feyjó que se fuese tras aquellas galeras, no lo hizo, mas antes cortaron el cabo que tenía dado la galeota á la nave, y vino el dicho Capitán á la Capitana de Juan Andrea, donde yo estaba, y me dijo todo lo que había pasado. Estaba entonces Juan Andrea en la cámara de popa malo y en la cama, y hallándose en lo alto de la popa conmigo el patrón de la Capitana, Gasparín Doria, que era de quien más caudal hacía en el gobierno de las cosas de la mar, le dije y rogué, no una vez, sino muchas, que se entrase por aquellas galeras, á lo cual me respondió que para qué quería leñame, diciendo que la gente investiría en tierra, y yo le dije que cuando así fuese sería muy bien quemarlas, porque cuando nosotros pasásemos á Trípol no podían dejar de salir á los navíos que venían atrás y hacernos daño en ello y en las vituallas que nos viniesen, cuanto más que podría ser tomarse alguna gente de la cual habríamos lengua de lo que en Berbería pasaba. Respondióme por última resolución que en ninguna manera convenía á la reputación de aquella armada que se entrase por leñame especialmente, que podría suceder algún peligro á alguna galera. Entonces le ofrescí que entrase mi galeota primero, descubriendo lo que había, y el canal, y no bastando esto, vista su pertinacia, envié á pedir á Juan Andrea con grandí-

sima instancia, y con las mismas razones, que tuviese por bien de que se entrase por aquellos bajeles, y no le pareció; y como yo no llevaba mando ninguno sobre las cosas de la mar, como me desengañó bien en Mecina delante de D. Juan de Mendoza, y quizá por su consejo, hube de tener paciencia y por mejor lo que quería, que no porfiando con él ser causa de que sucediese algún disgusto y se volviese á Sicilia. Desde á poco vino D. Sancho de Leyva de saquear la nave, y subiendo á la galera de Juan Andrea le dije que cómo no había entrado tras las galeras, importando más tomar un bajel de remo que 50 naves, á lo cual me respondió que no era cosa de hablar en ello, porque era gran peligro, y que allí había estado el Príncipe Doria sobre Dragut y se le había salido con las galeras rastrando del otro cabo del puente ó Cántara, y le había dejado por escarnio en una torre que está allí y que teníamos á la vista, colgado un priapo de hombre, á lo cual yo le respondí que había muy gran diferencia de lo uno á lo otro, por la ventaja que había de todas las galeras de Dragut á aquellas dos sobre que habíamos amanescido con tal armada y á la imprevista y sin que pudiese haber defensa que estorbase la entrada, especialmente teniendo tan buen piloto como me había dicho que tenía en Chuza Muza, que le había guiado yendo en la proa de la galera hasta donde llegó. Finalmente, se resolvió en que no se entrase por las dichas galeras, las cuales, demás que fueron las que trujeron el armada del turco, estaban de manera que los turcos dellas no se

acordaban de otra cosa sino de salvar sus personas á nado, y hubo muchos que entregaron su dinero á los cristianos que estaban á la cadena, como se ha sabido de hartos que han escapado y rescatado después acá, de los cuales se tomaba lengua, y tomada sitiábamos á Dragut en los Gelves y todas sus fuerzas, las cuales no podían salir en ninguna manera, ya que su persona saliera de noche en una barca, y se tomaban asimismo las dos galeras con más de 60 ó 70.000 escudos que tenía Dragut embarcados de la composición que había hecho en los Gelves aquellos días; y si quisiéramos saltar en tierra era de tener por muy cierta la victoria, por ser antes que nos faltase la mucha gente que se nos murió en el Seco del Palo, y porque la isla estaba mal con él, á lo menos la mitad della que se volviera en nuestro favor, y cuando quisiéramos pasar con aquella bonanza, que duró siete ú ocho días, le podíamos sitiar con tomalle la Cántara y las dos galeras y los más bajeles que hubiera por la costa alrededor de la isla, en un día, y dejar cuatro galeras de una parte y cuatro de otra, y irnos á Trípol y tomarlo sin muerte de un hombre, porque lo había dejado Dragut con solos 400 turcos poco más ó menos, viejos, cojos y mancos.

7. *Sigue D. Álvaro de Sande.*—Detuviéronse las galeras en saquear las naves casi todo lo que quedaba del día, y acordóse que el siguiente se fuese á hacer el agua de la Roqueta; y para asegurar á la gente que la había de hacer, el Duque sacó toda la infantería que iba en las galeras, y

túvose la mayor parte del día una gruesa escaramuza con los moros de aquella parte, que son aficionados á turcos, y con más de 500 turcos á pie y á caballo que allí estaban con el Dragut, y á otro día sucedió por mala orden la desgracia á las ocho galeras que se habían quedado atrás.

8. El día siguiente las galeras partieron de allí é fuimos al Seco del Palo, donde hallamos algunas naves de las nuestras surtas, y fueron llegando de día en día las que faltaban, y las ocho galeras que arriba digo: así por la dilación de la llegada de las naves, como por ser los tiempos muy pésimos y contrarios, al Duque le fuerza estar allí muchos días, en los cuales, así porque la gente iba muy cansada y fatigada de la larga navegación y trabajo de aquel invierno, como por la mutación de los aires y ser las aguas muy suaves, se inficionó una enfermedad y pestilencia tan grande, que se echaban cada día gran cantidad de cuerpos á la mar; é visto esto, é que aún no habían llegado algunas naves en que iba infantería española é alemana é vituallas, é que el tiempo era contrario para ir á Trípol y las naves estaban con gran peligro de dar al través como había dado la nave Capitana, acordó el Duque de tomar parecer de todos los que éramos del Consejo, para que se viese lo que se había de hacer é mas convenía al servicio de V. M. é al bien de la empresa á que íbamos. Fué mi parecer é voto que dí que V. M. me había ordenado que fuese á servir en aquella empresa, é que estaba presto y aparejado para morir sirviendo en ella. Resolviéronse todos en que la

empresa se hiciese, é que porque del estar allí nascía tanto daño, por la mortandad de la gente y la disminución de las vituallas, que con el primer tiempo, sin esperar las naves que faltaban, se partiese el armada; é que si el tiempo viniese contrario para poder ir á Trípol é bueno para volver á los Gelves, que por salir de allí se fuese á ellos, donde la gente podría desembarcar é refrescar é limpiar las naves, creyendo é teniendo por cierto que los moros de la isla eran amigos, porque en ella hay tres parcialidades: una amiga de turcos, y las dos enemigas; é porque éstas habían enviado á Sicilia á pedir ayuda para echarlos de la isla, y también porque sabíamos que el Dragut, después que tuvimos con él la escaramuza y entendió que íbamos á Trípol, se fué á meter en ella con todos sus turcos sin dejar ninguno en la isla, sino muy pocos en la guarnición del castillo, y que con el primer buen tiempo se embarcaría la gente é proseguiríamos nuestra jornada, y que asimismo recogeríamos allí las naves que faltaban y las vituallas que venían de Sicilia, y así con esta resolución y acuerdo pusieron todas las naves á pique para partir á donde el primer tiempo nos encaminase.

8. *El Duque.* — Si no hubiesen pasado por D. Álvaro de Sande tantos trabajos, maravillarme hía de que se le olvidase que su parecer no fué tan ambiguo, pues no obstante que lo que allí se resolvió fué lo más acertado, conforme á los tiempos y á la poca salud que el ejército tenía, y á la gente que nos había faltado, y de manera que yo me resolviera en ello, aunque no tuviera el Conse-

jo y parecer de las personas que llevaba; pero no dudo de que cuando D. Álvaro vea estos apun-
tamientos le volverá á la memoria que especifica-
da y abiertamente fué del parecer de todos, y que
en público y en secreto lo trató diversas veces con-
migo, inclinándose á la ida de los Gelves luego
que se supo de las galeras que quedaron atrás que
dejábamos á Dragut en los Gelves, de la gente de
las cuales supo de nosotros, porque de la escara-
muza no había tomado lengua, como asimesmo
tampoco la tomamos nosotros; y fué más de esta
opinión cuando supo que era ido á Trípol, en que
yo me conformé por ver la falta que de la gente
que sacamos de Sicilia había, y la que de cada
día iba faltando, porque lo de Trípol se ponía en
peligro y lo de los Gelves era cosa segura y hacía
muy cierta la empresa de Trípol, por ser el prin-
cipal sustento de aquella plaza y de los turcos que
la guardan, como se podría discurrir largo y se ve
por el gran esfuerzo que Dragut hizo en cobrarlos
y el peligro en que se puso toda la armada del tur-
co, quedando sin gente y sola, como quedó; de-
jado aparte que el tiempo no estaba para ir allá, y
el temporal que nos trujo á los Gelves era viento
por proa para Trípol, y de más de diez millas por
hora, y duró tanto que se pudiera ir bien tarde á
Trípol si se esperara en el Seco del Palo, y aun
nunca á tierra de cristianos, pasando adelante
la mortandad de la gente que cada día iba cre-
ciendo, lo cual cesó en los Gelves, por ser la
tierra muy sana y haber salido la gente de la
mar; así que lo sobredicho no lo digo porque lo

hice por parecer de D. Álvaro, pues yo lo hiciera
y no se podía hacer otra cosa, sino por decir lo
que á él se le olvida, pues lo que se hizo con de-
seo de servir al Rey nuestro señor y con toda la raz-
ón de guerra del mundo, y no sin pelear y peli-
gro, como es ordinario en tales jornadas no me
paresce que es razón, porque la fortuna haya que-
rido ser contraria, y que fuese adverso el fin, que
quede por olvidado lo que fué bueno; y para tor-
nar mejor á la memoria su parecer á D. Álvaro,
no dudo de que se acordará que queriendo jun-
tar otra vez el Consejo, como se hizo para tratar
de nuestra ida y desembarcación y conquista de
aquella isla, le dije que conociendo yo en D. San-
cho de Leyva que todo lo que se proponía, pares-
ciéndole que salía de él, lo contradecía, que me
parecía que aquel día no se conformase conmigo,
y que vería cómo tiraba á D. Sancho á todo lo que
al servicio de S. M. convenía, y entonces fué
cuando votó que él haría lo que yo le ordenase,
cierto diferentemente de lo que concertamos, pues
en lugar de dar desvío para traer á D. Sancho á lo
que convenía y había tratado con él, se quiso po-
ner en seguro de que yo huelgo mucho que lo esté;
y digo que sea así, que yo lo determiné sin él, y
que salió bien, y saliera mejor si las galeras no se
perdieran al fin de la jornada, con que se perdió
todo.

9. *Prosigue D. Álvaro de Sande.*—Quiso Dios
que el día siguiente, que fué á 2 de marzo, no
solamente se mejoró el tiempo para ir á nuestro
viaje, pero refrescó tanto al contrario, que par-

tiendo con él para los Gelves, conforme á la determinación que se había tomado, que en menos de diez días fuimos surtos al cabo que llaman de Valguarnera, que es lo último de la isla á la parte de poniente, y donde es la parcialidad más enemiga de turcos, y era la obstinación de los tiempos malos tanta, que estuvimos sin poder desembarcar cinco días; y contra la opinión que llevábamos, no solamente á los moros les pesó de nuestra ida allí, pero nos negaron las vituallas, y el día siguiente, que nos desembarcamos, que fué á los 8 de marzo, por defendernos los pozos, dieron la batalla; y acampándose juncto con nosotros, estuvieron cinco días, hasta que visto que el Duque quería volver á pelear con ellos, se rindieron y sometieron á la devoción de V. M., echando los turcos del castillo é entregándole, é con las demás condiciones que V. M. habrá visto.

10. Y pareciendo que pues aquella isla se había sujetado y atraído á la devoción de V. M., era bien de procurar de conservarla, y convenía hacerlo por lo mucho que importaba á la quietud de los reinos de Sicilia y Nápoles y navegación de ellos, por ser aquella isla tan vecina á ellos, donde se recogían muchos cosarios, así á vituallarse de se recogerse é hacer navíos y invernar en ella y vender las presas que en los dichos reinos y costa de Italia hacían, que para esto era bien hacer un fuerte competente donde se pudiese meter guarnición de gente y artillería, porque habiéndole se quitaría la frecuentación de los cosarios y disturbaría mucho la contratación y paso de los

turcos que pasan á Argel é poniente y se ponía la isla en perpetua subjeción, y podría servir de escala y de casa de munición para las empresas que en África se quisieran hacer, é para los navíos que quisiesen andar en corso contra turcos, y que el mejor sitio y parte donde se podía hacer era donde estaba el castillo, incorporándole en él, porque no se quería comenzar obra que pudiese disturbar á que, con el primer tiempo y llegado de Sicilia las vituallas y gente que se esperaba, no se pudiese partir el armada á Trípol, sino dejase la obra imperfecta; y porque la comodidad del castillo y haber en él lugar para poder meter vituallas y municiones y dos cisternas, y cerca tierra, leinmo, fajina y arena para poder edificar, hacían fácil é breve el edificarse el fuerte, é también parecía más conveniente hacerle allí que en otra parte, por ser el medio de la isla y donde los moros hacen sus mercados, contractaciones y ferias, é porque de más desto, en cualquier otra parte que se quisiera hacer era menester mucho tiempo, por no tener tan á mano los materiales, é por ser necesario hacer, allende de la fortificación, magacenes para las vituallas y municiones; y si se quisiera hacer en la Cántara, donde algunos dicen que se había de hacer, por haber agua, había en ello la dilación de tiempo que era contra lo que se tenía determinado, y quedaba sujeta la plaza á ser batida por mar, por haber en aquella parte mucho fondo, lo que aseguraba el castillo, que por ser secanos no se puede acostar armada á tiro de cañón, aunque por una canal estrecha pueden lle-

gar fustas y galeotas é otros navíos mercantiles; así que, movidos destas cosas, se determinó que se hiciese allí el fuerte, y D. Sancho de Leyva tomó á su cargo el ir con Antonio Conde, ingeniero, y el Capitán general de la artillería Bernaldo de Aidana á designiar el fuerte, y así lo hizo, y por su disño se comenzó á fortificar, tomando Juan Andrea Doria á cargo fortificar él un bastión con la gente de Quiroco Espínola, y de levantar otro se encargó el gran Comendador Jegieres con la gente de la Religión, y el Duque con la infantería española de otro, y el cuarto tomó á cargo Andrea Gonzaga con la infantería italiana de Lombardía, é yo le tuve de solicitar é ayudar á los unos y á los otros; y estando la fortificación en buen término, fué nueva que el turco enviaba armada para socorrer á Trípol, por la instancia que Luchaly había hecho, el cual le había ido á pedir, según dicen, en los dos navíos que arriba digo que se dejaron en la Cántara; y como de muchas partes se confirmase la venida de la dicha armada y el Duque, desesperando el poder hacer la empresa de Trípol é por desembarazarse de allí hizo dar gran prisa á la fortificación del fuerte, el cual fué en defensa el día de San Marcos, y de aquel día en adelante no se ocupó en trabajar más gente de la que allí había el Duque determinado que quedase. Habíase encargado D. Sancho de Leyva de hinchir la cisterna del fuerte, y dejóse de echar agua en ella estando llena no más que la mitad, y la cisterna que estaba dentro del castillo, que era pequeña, se hinchó con los forzados de

dos galeras de Sicilia: había buen número de botas y tinajas para hinchirlas de agua, y no se hizo.

10. *El Duque.*—La isla quedó no sólo á devoción de S. M., pero por suya, y el jeque por su vasallo, con pagarle lo que pagaban al turco, y el aduana rentará poco menos que hiciera de costa la guarnición. Y como comencé á fortificar, no esperé más poder ir á Trípol aquel verano.

Hubo otra calidad de importancia para fundar allí el fuerte, que fué que por razón de los secanos no se podía poner armada sobre él, porque habiendo de echar la gente en tierra seis millas de donde había de quedar, era entregalla á la de S. M. si viniera á salvamento, como se esperó, aunque por otro cabo parecía inconveniente para avituallarlo con una nave, lo cual se remediaba proveyéndole con carabelas armadas ó otros bajeles pequeños y de poco fondo.

D. Sancho pretendió que se hiciese en la Cántara el fuerte, y no convenía porque no había agua ni cisternas, como en el castillo, y se vió cuando Dragut estuvo allí encerrado de Andrea Doria, que enviaba á veinte millas á hacerla, como el veedor Hierónimo Sedeño lo vió por vista de ojos, habiéndole enviado entonces Andrea Doria á la isla y á su casa á negociar con el jeque. Yo ví los cordeles para designiar el fuerte en la mano á D. Sancho de Leyva. Verdad es que el designio estaba hecho por quien lo entendía mejor, y se había estrechado casi dos tantos de lo que D. Alvaro había platicado. D. Sancho nunca ayudó á poner una piedra, ni con una espuerta de tierra